

## Conclusiones

A lo largo del presente trabajo de investigación hemos visto cómo las diversas agencias de la Organización de las Naciones Unidas no sólo han cooperado en el alivio de la grave crisis humanitaria que se vive en Darfur, Sudán, sino que este apoyo se ha vuelto imprescindible para el país. La respuesta tardía de la Organización generó muchas críticas por parte de otras organizaciones no gubernamentales, pero también de varios gobiernos. Estas críticas aumentaron cuando la ONU declaró que aunque los abusos cometidos por los grupos armados en esta región africana constituían crímenes de guerra e incluso de lesa humanidad, no se puede determinar la existencia de un genocidio.

Desafortunadamente, las fuerzas de mantenimiento de paz de las Naciones Unidas se encuentran constreñidas por la negativa del presidente sudanés, Omar al-Bashir, a aceptar efectivos que no sean africanos. Asimismo, impone restricciones sobre el uso del espacio aéreo, vital para que estas fuerzas se trasladen alrededor de una región del tamaño de Francia. Igualmente, su apoyo a las milicias Janjaweed no cesa, por lo que, aunque demuestre voluntad de negociación para un acuerdo de paz, continúa subvencionando la violencia en Darfur.

Por su parte, sin la protección de una operación de paz suficientemente grande, las agencias de ayuda humanitaria no pueden proveerla a los millones que la necesitan. Así, cada vez hay más gente en los campos de refugiados y desplazados, mientras que hay menos personal para atenderlos. Los convoyes que llevan medicinas y alimentos son atacados constantemente, y los recursos apropiados por asaltantes (sean estos milicias, rebeldes o bandidos). Al mismo tiempo, las agencias establecen presupuestos y solicitan a los Estados miembro de la Organización que contribuyan para obtener los

recursos necesarios; empero, hemos visto cómo el financiamiento obtenido es inferior al requerido, lo que limita el alcance de la ayuda humanitaria.

Los acuerdos de paz no han sido cumplidos, en parte porque no han sido incluyentes de todas las partes involucradas. De la misma manera, no han abarcado todas las cuestiones de fondo que contribuyen a la aparición de conflictos: la pobreza, la marginación y la exclusión, entre otras. Las últimas rondas en Sirte, Libia fracasaron porque varias facciones rebeldes decidieron no participar, incluyendo algunas de las más fuertes. Aunque la ONU se negó a reconocer el fracaso, prefiriendo la idea de que los dos días de pláticas constituyeron una fase inicial en la cual se demostró la buena voluntad de las partes, en particular del gobierno sudanés, la comunidad internacional duda de los posibles resultados de las consultas iniciadas a principios de noviembre con los grupos ausentes. Se tiene la expectativa de que las diversas facciones rebeldes lleguen a una posición común y designen una delegación para que las negociaciones puedan continuar.

Por su parte, las misiones de paz no han podido contribuir a ésta, parcialmente porque no hay una paz que mantener. Antes, deberá ser firmada y respetada por las partes. Al igual que las agencias de ayuda humanitaria, las misiones enfrentan grandes restricciones en cuanto a financiamiento y recursos operativos, tales como medios de transporte e infraestructura. Además, se ubican en un terreno peligroso en cuanto a su designación como fuerzas de intervención, en cuyo caso el gobierno sudanés podría expulsarlas definitivamente. Hasta ahora, se ha mantenido firme en que los efectivos de UNAMID sean de origen africano, pero ha aceptado permitirles el paso y cumplir con su mandato. Éste muy probablemente es uno de los más difíciles que hayan sido encomendados por la Organización, debido a las múltiples aristas del conflicto y a la

delicada situación en el terreno, por las cuestiones étnicas, políticas, económicas y ambientales que están en juego.

Una intervención humanitaria sería justificable e imperativa si la ONU determinara la existencia del genocidio. En este caso, los Estados miembro deberán cooperar con la operación para detener el asesinato de los pueblos en cuestión. Asimismo, los líderes sudaneses podrían ser llevados a juicio por la Corte Penal Internacional. Muchas organizaciones, sobre todo ONGs, así como el gobierno de los Estados Unidos de América consideran que no se debe dejar pasar más tiempo, puesto que podría repetirse la historia de Rwanda.

El proceso de paz será largo, lleno de retrasos y regresiones. Debe mantenerse el interés de las organizaciones civiles en el exterior de Sudán, así como de los países vecinos y las potencias, tanto regionales como mundiales, que pueda influir en las partes, para que ejerzan presión sobre las mismas. Un acuerdo incluyente, que abarque nociones de representatividad política y de desarrollo económico, a la par que de respeto a los derechos humanos, será la mejor vía de sacar al país de la violencia y pueda prosperar. Tiene los recursos necesarios para financiar su desarrollo, y por su tamaño y situación geográfica, podría llegar a convertirse en una potencia regional. Mientras eso sucede, no debemos olvidar a los cuatro millones de personas que dependen de la ayuda humanitaria internacional para sobrevivir.